

CLASSIC
DragonLance

HIJA *del* DESTINO

MARGARET WEIS Y TRACY HICKMAN

minotauro



HIJA DEL DESTINO

DRAGONLANCE DESTINOS:

VOLUMEN 1

MARGARET WEIS
& TRACY HICKMAN

minotauro

Título: *Destinos n.º 01/03 Hija del Destino*

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

© 2023 Wizards of the Coast LLC. All rights reserved.

DUNGEONS & DRAGONS, WIZARDS OF THE COAST, DRAGONLANCE, and their respective logos are trademarks of Wizards of the Coast LLC and are used with permission. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro. All dragonlance characters and the distinctive likenesses thereof are property of Wizards of the Coast LLC. This edition published by arrangement with Del Rey, an imprint of Random House, a division of Penguin Random House LLC.

Título original: *Destinies n.º 01/03 Dragons of Deceit*

Diseño de cubierta: David G. Stevenson

Ilustración de cubierta: Philipp Urlich © Wizards of the Coast

Mapa: Jared Blando © Wizards of the Coast

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Nunes Martínez

ISBN: 978-84-450-1465-3

Depósito legal: B. 1.074-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

Ilustraciones interiores de stock.adobe.com por los siguientes contribuyentes: Prólogo, Libros 1 y 3, Capítulos 2, 10, 11, 14, 16, 18, 19, 22, y 35: Danussa; Capítulos 6 y 37: jenesimre; Capítulos 15 and 24: - Bitter -; Capítulos 23, 25, y 31: arbalitskiy; Capítulo 1: Rawpixel .com; Capítulo 3: Alexander Pokusay; Capítulo 4: Oleksandr Babich; Capítulo 5: annbozhko; Capítulo 7: aksol; Capítulo 8: alya_haciyeva; Capítulo 9: Петр Костюк; Book 2: Arkadiwna; Capítulo 12: Nadine .De.Trevile; Capítulo 13: Artskrin; Capítulo 17: Good Studio; Capítulo 20: llenella; Capítulo 21: psartstudio; Capítulo 26: Intueri; Capítulo 27: Елена Мотрич; Capítulo 28: istry; Capítulo 29: Sketch Master; Capítulo 30: al-hontess; Capítulo 32: vectorkingdom; Capítulo 33: Eugene; Capítulo 34: PikePicture; Capítulo 36: Mateusz

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



CAPÍTULO 1

Destina Rosethorn era una hija del destino. Había nacido en el año 337 d. de C., y recibió su nombre cuando su madre, Atieno, leyó los augurios y le dijo a su padre, el caballero de la Corona Gregory Rosethorn, que su bebé conformaría el destino de naciones.

Gregory era leal a la Medida, como lo eran todos los auténticos caballeros solámnicos, y no creía en augurios, porque eso implicaba que el hombre no tenía control sobre su destino. Como su hijo sería el vástago de un rico e influyente caballero de la corona, Gregory no necesitaba ningún augurio para adivinar su futuro. Eligió el nombre Destin, por «destino», y le dio a Atieno un par de pendientes de oro con la forma de coronas para marcar la ocasión.

Por lo tanto, Gregory quedó comprensiblemente sorprendido cuando el niño que iba a conformar el destino de las naciones resultó ser una niña.

Atieno había sabido por los augurios que llevaba una niña, pero había ocultado esa información a su marido. Entre su gente, las niñas se entrenaban como guerreros para luchar junto a los

hombres, porque su tribu era pequeña y, si era atacada, todos debían acudir a defenderla. Pero su marido era solámnico y, aunque a las mujeres se las entrenaba para luchar en la defensa del hogar, no se convertían en caballeros o heredaban propiedades sin una dispensa especial. Atieno amaba a su marido con todo su corazón. Habría hecho cualquier cosa para complacerle, excepto lo único sobre lo que no tenía control: no había sido capaz de darle un hijo para continuar con el nombre de la familia y sus tradiciones.

Sin embargo, Atieno no tendría que haberse preocupado. Gregory amó a su hija desde el momento en el que esta comenzó a respirar, y decidió llamarla Destina, porque, como dijo: «Está destinada a ser la salvación de su padre».

Lo único que había querido decir con eso era que, a diferencia de un hijo, una hija estaría allí para reconfortar y cuidar de él cuando el cabello se le volviera gris y la vista se le nublara. Y con eso bromeaba a menudo con Destina. Sin embargo, ella oía esas palabras de una manera diferente, y llegarían a perseguirla.

Gregory había supuesto que aún llegaría a tener hijos que continuaran el nombre de la familia, heredaran el castillo Rose-thorn y poder continuar con la tradición, pero no fue así. El siguiente hijo fue un niño, que murió al nacer, y no hubo más después de él. De todas maneras, si Gregory estaba decepcionado, nunca se lo dijo a su hija.

Como era habitual para muchos caballeros de Solamnia, Gregory crio a su hija igual que hubiera criado a su hijo, porque la historia de Solamnia estaba plagada de cuentos sobre mujeres valientes que habían defendido las fortalezas después de que sus hombres hubieran caído. Enseñó a Destina a cabalgar, a cazar y a luchar con espada y escudo. Le contó las leyendas de todos los grandes caballeros de antaño. La favorita de Destina era la leyenda de Huma Dragonbane.

A menudo imaginaba que era el famoso caballero y animaba su práctica de espada batallando contra dragones míticos con las famosas dragolanzas, forjadas con el metal de los dragones mágicos y entregadas a Huma cuando montó su dragón en la batalla contra la Reina de la Oscuridad. La dragolanza de Destina estaba

forjada con un palo de escoba, y su pequeño poni hacía de dragón. Se veía a sí misma como la escudera de Huma, luchando a su lado heroicamente cuando todos los demás cobardes le habían abandonado.

Destina tuvo un gran disgusto cuando se enteró, a los ocho años, de que la Medida no permitía que las mujeres fueran caballeros, y protestó a su padre sobre esa prohibición.

—¿Por qué las mujeres no podemos ser caballeros, papá? ¡No es justo! Puedo correr más deprisa y cabalgar mejor que cualquier niño. ¡Y también puedo luchar! Siempre gano a Berthel cuando jugamos a caballeros y a goblins.

—Y a sus padres no les gustó mucho que le hicieras sangrar por la nariz y le partieras el labio —repuso Gregory, sonriendo—. Yo no estoy muy de acuerdo con la Medida en esto. Tu madre es una hábil guerrera y posiblemente podía superar a cualquiera de mis caballeros en una contienda.

—La Medida se equivoca, papá —afirmó Destina—. Cuando sea mayor, la cambiaré.

—Espero que lo hagas —repuso Gregory—. Pero tendrás otras obligaciones y responsabilidades que son mucho más importantes que convertirte en un caballero.

—¿Y cuáles son, papá? —preguntó Destina.

—Serás la Señora del Castillo Rosethorn —contestó su padre.

Destina nunca había pensado mucho en heredar el legado de su padre hasta que él dijo esas palabras, pero oyó el orgullo en su voz. Desde ese momento, sus planes y sus sueños cambiaron. Se convertiría en la Señora del Castillo Rosethorn y sería honrada y conocida en todo el país.

Pero los planes cambian y los sueños mueren ante la dura realidad.

Por los augurios Atieno previó que la fortuna les iba a ser adversa, pero no se lo dijo a su esposo.

«No puede hacer nada para cambiarla —se dijo—. Solo conseguiré que se preocupe.»

Si Gregory Rosethorn hubiera creído en los dioses, podría haber dicho que se habían vuelto contra Solamnia. Un año, la sequía acabó

con la cosecha. Los dos años siguientes, las inundaciones destruyeron los cultivos y mataron a muchísima gente. La nación no había conocido unos tiempos tan duros desde el Cataclismo.

Gregory era el responsable de sus arrendados. Les perdonó las rentas que no podían pagar y se aseguró de que tuvieran refugio y comida, pero algunos murieron y otros no pudieron más y se fueron. En tres años, Gregory Rosethorn había perdido gran cantidad de su riqueza y solo le quedaba lo suficiente para mantener a su familia y el castillo Rosethorn, que tenía un importante papel en la defensa de Solamnia.

Tuvo que renunciar a sus planes de ampliar el castillo y realizar las costosas reparaciones que necesitaba. También tuvo que reducir el número de sirvientes y de hombres de armas, pero se aseguró de guardar aparte el dinero de la dote de su hija. Destina era la alegría de su vida, y estaba decidido a casarla bien.

A los quince años, Destina tenía fama de ser la joven más hermosa en toda la provincia de Vingaard. Había heredado la belleza ergothiana de su madre, y en una tierra de gente pálida, descolorida y de ojos azules, Destina era notable por su reluciente piel marrón, sus ojos negros, su melena negra y sus mejillas arreboladas.

A Destina no le importaba el aspecto. La Medida indicaba que la auténtica belleza residía en la mente, no en el rostro. Se enorgullecía de ser inteligente, firme, audaz y decidida. Estaba al corriente de los problemas económicos de su padre y sufría por él, porque veía el desgaste que le estaban causando esos problemas. Gregory se pasaba las horas en la biblioteca, pero no leyendo los libros que amaba, sino revisando las cuentas o reuniéndose con sus abogados.

Destina decidió aliviarle esa carga. Consideraba que ella, como futura Señora del Castillo Rosethorn, era la responsable de sus tierras. Se casaría con su amigo de la infancia, Berthel Berthelboch, el hijo del comerciante más rico de la provincia de Vingaard, y recuperaría el legado de los Rosethorn.

Berthel tenía dieciséis años, era apuesto, rico y estaba enamorado de Destina. Ella era un año menor, y los dos habían jugado juntos desde pequeños, porque la familia de él se había ocupado de

cultivar su relación con la familia Rosethorn. El padre de Berthel era el alcalde de la ciudad de Ironwood y esperaba unirse a una familia de noble cuna para mejorar su posición social. Los Berthelboch habían hablado de matrimonio con Gregory solo el día anterior, un día antes de la celebración del Día del Regalo de la Vida de Destina. Esta sabía lo de la propuesta, porque Berthel se lo había dicho. Llevaba esperando toda la mañana a que su padre fuera a hablar con ella sobre ese tema.

Destina estaba en su dormitorio, admirando el vestido nuevo que se pondría esa noche para la cena de celebración. El vestido estaba confeccionado en terciopelo blanco, como era lo adecuado para una doncella, con ribetes con motivos de rosas cosidos en escarlata. El corpiño del vestido era ajustado y le dibujaba las curvas, hasta que en un punto de la cadera se abría en una larga y amplia falda.

Una tormenta la había despertado al amanecer, y continuó con fuerza hasta media mañana. El granizo repiqueteaba contra los cristales emplomados de las ventanas bajo el retumbar de los truenos. A Destina nunca le habían dado miedo las tormentas, y no prestó demasiada atención a esa, excepto para esperar que amainara pronto y no le estropeará la fiesta.

Una llamada a la puerta le hizo apartar la atención de su vestido.

—Por favor, señorita —dijo un criado, con una inclinación—, vuestro padre pide que os reunáis con él en la biblioteca.

Destina se alisó el vestido y se ató una cinta alrededor de la gruesa y larga trenza en la que recogía su oscura melena. A su padre le gustaba verla bien arreglada, y a ella le gustaba ver cómo el rostro, por lo normal grave, se le iluminaba con una sonrisa siempre que la veía. Corrió escaleras abajo desde su aposento en la torreta, cerca de lo más alto del castillo, hasta la biblioteca, que se hallaba en la planta baja.

Gregory llamaba a la biblioteca «la cámara del tesoro de Rosethorn», no solo porque los libros eran raros y costosos, sino, sobre todo, por el conocimiento que contenían.

La biblioteca y su colección se remontan al primer Señor del Castillo Rosethorn, y los señores y las señoras de todos los tiem-

pos habían ido añadiendo algo a ella. La biblioteca Rosethorn contenía treinta y siete volúmenes de la Medida, el amplio conjunto de leyes compilado a partir de los escritos del fundador de los caballeros, Vinas Solamnus, además de varios libros que indexaban, tanto de manera directa como cruzada, todo ese material para que los estudiosos pudieran encontrar con facilidad cualquier referencia en particular. La biblioteca también contenía libros sobre la historia de Solamnia: copias de los libros originales que se conservaban en la Gran Biblioteca de Palanthas.

Gregory era un estudioso de la historia. Se pasaba muchas horas sentado ante su escritorio o delante de la chimenea leyendo, sin temor a que nadie le interrumpiera. Ni siquiera permitía a los sirvientes que limpiaran, porque no quería arriesgarse a que sus libros sufrieran algún daño. Él mismo se encendía el fuego, sacaba el polvo a los libros y barría el suelo.

A Destina le encantaba la biblioteca, con su pesado escritorio de roble, las gruesas alfombras y la cavernosa chimenea con los morillos en forma de dragón. Disfrutaba del silencio y de la umbría y fresca oscuridad, porque Gregory siempre tenía corridas las pesadas cortinas de terciopelo sobre las ventanas bíforas para evitar que el brillo del sol destiñera las alfombras, los tapices o las cubiertas de los libros.

Cuando Destina era pequeña, Gregory solía sentarse en su silla de alto respaldo frente a la chimenea, se ponía a la pequeña en el regazo y le leía libros sobre Vinas Solamnus y la Rebelión de la Rosa, o de Huma Dragonbane y su lucha contra la Reina de la Oscuridad. A veces, la niña se quedaba dormida en sus brazos, y entonces él la llevaba hasta su cama y la dejaba soñando con caballeros en armadura cabalgando hacia la batalla sobre dragones.

Pero a esos sueños ya los habían sustituido otros. Iba a ser la salvadora del legado de los Rosethorn.

Gregory siempre mantenía cerrada la puerta de la biblioteca para que no le molestaran. Destina llamó y luego abrió la puerta. Cuando entró, su padre estaba leyendo, y ella caminó sin hacer ruido para no interrumpirle, y se quedó en el extremo del escritorio en silencio hasta que él llegó a un punto.

Destina estaba nerviosa por su día especial, ansiosa por ponerse el vestido y sentarse en la mesa con los adultos, y deseando ver qué maravilloso regalo le haría su padre.

Gregory marcó el punto en el libro con una cinta, lo cerró y la saludó con una sonrisa. Se puso en pie y salió de detrás del escritorio para besarla y deseárselo lo mejor en ese día tan señalado.

—Tienes el pelo mojado, papá —dijo Destina, riñéndolo—. ¿Has salido con esta tormenta? Cogerás un resfriado de muerte.

—Nunca me resfrío, cariño —repuso Gregory—. Por favor, siéntate, Destina. Tengo que hablar contigo de un asunto importante.

Destina movió una de las sillas de madera, con el respaldo alto y tallado, hasta el borde del escritorio y se sentó frente a su padre. Dobló las manos sobre el regazo y esperó con aparente compostura, aunque por dentro estaba orgullosa y satisfecha de que su padre le hablara como a una mujer adulta.

—Berthel Berthelboch me ha hecho una oferta por tu mano, hija mía —comenzó su padre—. Es decir, su padre me ha hecho la oferta, porque él solo tiene dieciséis años. Su padre dice en su carta que Berthel te ha pedido que te cases con él y tú has aceptado. ¿Es eso cierto, Destina?

—Lo es, papá —contestó ella.

Sonrió al recordar la petición de Berthel. Se había puesto tan rojo y había tartamudeado tanto, que Destina había estropeado el solemne momento al echarse a reír, y básicamente había sido ella quien se lo había pedido a él. Por supuesto, eso no se lo mencionó a su padre.

Gregory ya estaba demasiado atribulado.

—Escoger a la persona con quien vas a pasar el resto de tu vida es la decisión más importante que vas a tener que tomar nunca. Necesitas pensarlo bien. No veo nada malo en Berthel, pero no es tu igual ni en nacimiento ni en educación. No está entrenado para luchar con armas o combatir. No sabe nada de la Medida ni del Juramento. Desconoce totalmente la historia. A duras penas sabe leer y escribir. ¿Lo consideras un candidato adecuado para ser tu esposo, Destina? ¿Le amas?

—Berthel es divertido y tiene buen carácter. Lo conozco hace años. Nos llevamos muy bien, y no puedo culparle porque le guste ir de caza con sus amigos —respondió Destina, esquivando la pregunta sobre el amor.

Algunas mujeres no podían permitirse amar, podría haberle dicho a su padre, pero sabía que esas palabras le herirían profundamente, así que no las dijo. Estaba siendo práctica y haciendo lo que era necesario. De todas maneras, le parecía que los poetas exageraban mucho con eso del amor.

Gregory la miraba muy serio.

—Me preocupa la gran diferencia que hay entre vosotros dos, Destina. La Medida dice: «Los cónyuges deben permanecer unidos como un fuerte baluarte contra el mundo».

—Y temes que haya grietas en el baluarte de Berthel... —repuso Destina, bromeando.

—El matrimonio es un asunto muy serio, Destina —replicó Gregory.

—Lo sé, papá —dijo ella—. Al menos la madre de Bertie no ve el futuro en los posos del té.

En el momento en el que acabó de decirlo, Destina supo que había cometido un error.

—Supongo que no te he oído hablar irrespetuosamente de tu madre, ¡sobre todo en el día en el que te dio la vida!

—Lo siento, papá —dijo Destina, contrita—. Quiero y respeto a mamá. De verdad. Pero es tan... diferente.

Destina suspiró. Su padre nunca lo entendería.

Destina no conocía a muchas chicas de su edad. Como hija del Señor del Castillo Rosethorn, tenía sus obligaciones y su responsabilidad, lo que la mantenía alejada de sus vecinos. Pero cuando tenía la oportunidad de estar con otras jóvenes, encontraba que también ellas consideraban a sus madres una constante fuente de bochorno.

A la noble madre de una de las jóvenes le encantaba cocinar y siempre se unía a los sirvientes en la cocina los días en los que se hacía el pan, para disgusto de su hija. La madre de otra se lavaba las medias, y otra escandalizaba a su hija yendo a los campos con los braceros durante la cosecha.

Destina sentía que ella tenía buenas razones para estar molesta. Al menos, las otras madres eran de ascendencia solámnica. Atieno procedía de una tribu guerrera de Ergoth. Su aspecto era diferente y se comportaba de una manera diferente.

Había aprendido sola el idioma solámnico, y se había leído y estudiado los treinta y siete volúmenes de la Medida cuando solo unos pocos caballeros solámnicos podían decir lo mismo. Pero también mantenía las costumbres de su pueblo: elaboraba pociones, preparaba amuletos y veía el futuro en las hojas de té, y lo hacía para cualquiera, lo que avergonzaba profundamente a su hija.

—No quería faltarle al respeto a mamá. He hablado sin pensar.

Él continuaba mirándola muy serio, y ella rápidamente volvió al tema de su matrimonio.

—Sé lo que estoy haciendo, papá. Como dices, no hay nada malo en Berthel. La fortuna de su familia será una buena adición a la nuestra.

—No has mencionado nada sobre amarlo —indicó Gregory—. No quiero que tengas que pasarte la vida sin saber lo que es amar a alguien tanto como yo amo a tu madre. Ya sabes la historia de cómo nos conocimos.

Destina sabía la historia. La había oído muchas veces, y nunca se cansaba de oírla. Esperaba animar a su padre, apartar su cabeza de Berthel durante un rato. Gregory siempre cedía a sus deseos. Destina solo necesitaba un poco más de tiempo.

—Mamá era la mujer más hermosa que habías visto nunca. Le salvaste la vida...

—Y ella bendijo la mía —afirmó Gregory—. Yo tenía diecisiete años y estaba en una misión como caballero. Me topé con una batalla entre facciones contrarias de su gente. La vi entre los guerreros, participando en la batalla. Su orgullosa belleza y su valor me atravesaron el corazón. Ella resbaló y cayó al suelo, y uno de los cabrones trató de llevársela a rastras. Ella se resistió y él le dio un golpe salvaje. Me enfurecí. Maté a su atacante y luego la cogí entre mis brazos.

»Ella me miró, y aunque no podíamos entender uno el idioma del otro, comprendimos el de nuestros corazones. Ella me llevó a

conocer a sus padres y nos quedamos allí, cogidos de la mano, dejando claro a su padre que queríamos estar juntos.

»Él dio su permiso y poco después nos casamos. Recuerdo poco de la boda —explicó Gregory—. Los días parecían estar llenos de risas y amor.

»La vuelta a casa nos llevó algo más de un mes. Tu madre no nos permitía viajar a no ser que los augurios dijeran que el camino era seguro. Y quizá dijeran la verdad, porque nunca encontramos ningún peligro. Le enseñé a hablar mi idioma. Ella intentó enseñarme el suyo, pero no tengo oído para las lenguas y ella se reía de mis torpes intentos. En vez de eso, me enseñó a entender el lenguaje de la naturaleza. Me hizo oír las canciones de los pájaros y escuchar los susurros de los árboles. Me abrió los ojos a la belleza del mundo.

»La traje a casa y la presenté con todo mi orgullo a mis padres. Vi cómo entrecerraban los ojos, cómo sus rostros se volvían fríos y severos, su expresión oscurecida por la desaprobación. Al menos fueron lo suficientemente educados para no decir nada a Atieno. Aún tengo las cicatrices de las crueles palabras que me dijeron. Me insistieron en que rompiera el matrimonio. Como todavía no me había casado con una ceremonia solámnica, el matrimonio no contaba. Buscarían abogados para arreglarlo.

»Les dejé muy claro que si querían tener en brazos a su primer nieto, tendrían que dar la bienvenida a mi esposa como un miembro de la familia con todos los honores.

»Nos permitieron vivir con ellos aquí, pero nunca aceptaron a tu madre. Cuando ella hablaba de lo que veía en los augurios, mi padre se enfurecía y citaba los pasajes de la Medida donde se dice que la creencia en augurios, señales y portentos es malvada, ya que arrebató al hombre su libre albedrío.

Gregory sonrió.

—Recuerdo una noche durante la cena, cuando él le explicó que la Medida indica que un hombre no debe tener fe en los falsos dioses que se nos aparecen en agradables formas para tentar-nos y llevarnos a la ruina.

»«Entonces tus dioses deben de ser falsos —le dijo Atieno—. La Medida nos dice que hubo un tiempo en el que los caballeros

confiaban en la oración a los dioses para curar a los enfermos. Ahora debes llamar a un hombre inútil que asegurara que ha aprendido a curar por los libros. ¿Qué saben los libros sobre curar? ¿Qué ha ocurrido con los dioses de los caballeros? ¿Dónde se han ido? ¿Los habéis perdido? ¿Os han abandonado?»

»Mi padre se puso furioso. El rostro se le enrojeció. Las puntas del mostacho le temblaban tanto que pensé que se le iba a caer. No podía responderle, y se marchó enrabiado.

Gregory se atusó su largo mostacho: la marca de los caballeros solámnicos desde los tiempos de Vinas Solamnus. Esos días había muchos caballeros que se afeitaban, diciendo que el mostacho largo y caído estaba anticuado, pero Gregory lucía el suyo con orgullo.

—¿Por qué razón crees que nos dejaron los dioses, papá? —preguntó Destina.

Le encantaban esas charlas con su padre, porque consideraba que él compartía con ella sus ideas como si fuera adulta. Amaba sentarse con él en la biblioteca, apartados del resto del mundo, tratando sobre temas de eruditos. Disfrutando de estar con él, se olvidó de la boda.

—Tu madre y yo hemos hablado muchas veces de esa cuestión —contestó Gregory—. Ella no cree que los dioses no dejen, sino que siguen estando ahí para quien los busque. Yo creo que los dioses nos dejaron porque nos están probando, igual que nosotros probamos a los jóvenes nobles para asegurarnos de que están preparados para asumir el manto de la caballería.

—Estoy de acuerdo contigo, papá —dijo Destina—. Mamá habla de un dios que vive en el bosque o algo así. Pero yo ya no soy una niña para creerme esas cosas.

—¿Y qué piensa Berthel sobre la fe y la religión, Destina? ¿Has hablado con él de estos temas tan importantes? —preguntó Gregory amablemente.

Destina se mordió el labio. En ese momento veía la trampa que su padre le había tendido, pero solo porque había caído en ella. Una hija obediente se hubiera callado, hubiera aceptado sumisamente que su padre sabía más y hubiera acatado su opinión. Sin embargo, una furiosa tormenta, como la de esa ma-

ñana, estalló en el interior de Destina, que replicó a su padre sin pensarlo.

—¿Y qué quieres que haga, papá? —gritó—. Soy una mujer, ¡no puedo partir en caballerías misiones para encontrar la felicidad! Las mujeres debemos encontrarla donde podamos, apañarnos con lo que tenemos, y Berthel es lo que yo tengo. Es todo lo que tengo. Enfréntate a los hechos, papá. ¡Los jóvenes casaderos de sangre noble no están exactamente derribando los muros del castillo para pedirte mi mano!

Destina cogió aire. Gregory no dijo nada, y ella casi ni se atrevía a mirarle, temiendo que estuviera tan enfadado que no pudiera ni hablar. Cuando finalmente alzó la vista, de dio cuenta de que él la miraba con tristeza.

—Perdóname, Destina —dijo—. Te he fallado. Haré que mi abogado redacte el contrato de matrimonio.

—Berthel y yo nos llevamos bien —repuso Destina, intentando tranquilizarle—. Estaré bien.

Él asintió ausente.

—Debes prometerme una cosa. Según la ley, serás libre para casarte cuando cumplas los dieciocho, pero la ley no permite ni a hombres ni a mujeres heredar propiedades hasta que tengan la edad legal de veintiuno. Prométeme que Berthel y tú esperaréis hasta que tengas los veintiuno.

—Lo prometo, papá —repuso Destina—. Pero ¿por qué debo esperar?

—Podría decir que esos años más darían tiempo a Berthel para llegar a ser un hombre mejor —respondió Gregory, con sequedad—. Lo cierto es que tengo en mente asegurar tu futuro, y debes tener la mayoría de edad legal para firmar contratos y arreglar otras cuestiones de negocios. Como Berthel es un año mayor, podría tomar decisiones como tu marido, y tú no podrías decir nada.

—Lo entiendo. Y ¿cómo vas a asegurarme el futuro, papá? —inquirió Destina.

—Todo a su tiempo, Destina —respondió su padre, sonriendo—. ¿Qué planes tenéis después de casaros?

El plan de Destina era usar la riqueza de su futuro esposo para restaurar y reparar el castillo Rosethorn, pero sabía que mencionar eso molestaría a su padre.

—Viviremos aquí, con mamá y contigo. Berthel cabalgará hasta Ironwood para trabajar con sus padres, y yo continuaré con mis obligaciones y aprenderé a ser la señora de la casa. Has prometido enseñarme cómo llevar las cuentas.

—Es cierto —repuso Gregory—. Algún día, cuando seas mayor. Por ahora, ¿aceptas mis condiciones?

—Muy bien, papá. Esperaré. ¿Le has hablado a mamá de mi matrimonio?

—He hablado con ella antes de llamarte.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó Destina—. ¿Se ha molestado? No le gustan los Berthelboch.

—No le ha dado importancia. Ha visto en un augurio que ese matrimonio nunca se materializará.

Destina suspiró.

—Espero que esta noche mamá no diga nada sobre los augurios en la cena con los invitados.

—Durante la cena se hablará de política, y de la votación que se avecina para Gran Maestre —dijo Gregory—. Como esas discusiones siempre terminan a gritos, preferiría hablar de augurios.

Se puso en pie, y Destina supo que era el momento de dejarle para que siguiera con sus estudios.

—Estoy ansiosa por ver mi regalo, papá —dijo ella mientras él la acompañaba hasta la puerta—. ¿Me lo darás durante la cena?

—¿Y quién dice que tengo un regalo para ti? —preguntó Gregory, bromeando. Luego se puso serio y dijo—: Tu madre planea una celebración privada. Ahí te daré el regalo.

Le sujetó la puerta y se la quedó mirando con ternura, amor y una profunda y extraña tristeza.

—Te bendigo, hija mía. —Gregory la besó en la frente y volvió a su mesa y a su lectura.

Destina cerró la puerta sin hacer ruido y se quedó fuera. Nunca había visto a su padre tan desanimado. Se dijo que simplemente estaba alterado por la proposición de matrimonio.

Como muchos padres, no habría ningún hombre al que pudiera considerar digno de su querida hija. Pero ella le conocía bien, y tenía la sensación de que esa tristeza iba mucho más allá de la preocupación por las deficiencias de su futuro yerno. Se imaginó que estaba preocupado por el dinero.

Sin embargo, Destina estaba contenta con su elección. No era una romántica para creer en los finales felices para siempre. Muy pocos entre la nobleza de Solamnia se casaban por amor. Para ellos, el matrimonio era un acuerdo mercantil: comerciantes ricos como los Berthelboch cambiaban dinero por títulos. Berthel era atractivo, animado y caía bien a todos. Muchas jóvenes de Ironwood estaban celosas de Destina. Y si Berthel quería pasarse la vida cazando, al menos no estaría por ahí para interferir en sus planes.

Destina se reunió con su padre y su madre en el solárium después de comer. El solárium era la estancia más agradable de todo el castillo, porque el sol de principio de la tarde brillaba a través de las numerosas ventanas, iluminándola y llenándola de calor.

La tormenta por fin había cesado. Atieno había abierto las ventanas, y el aire limpio de lluvia era dulce y refrescante.

Atieno estaba de muy buen humor. Entre su gente, una chica pasaba a ser mujer a los quince años.

Gregory se unió a ellas con una caja de madera, que contenía su regalo. Estaba más contento, como siempre le sucedía cuando estaba en presencia de su esposa. La besó y la felicitó en el día en el que le había dado una hija, su felicidad.

—¿Y mi regalo, mamá? —preguntó Destina.

Atieno le entregó una cadena de oro.

—Oro por el sol, por el tallo del trigo, por las hojas en otoño —dijo Atieno—. Oro por las diosas de la estrella amarilla.

Destina no iba a caer en más discusiones sobre dioses que no existían. Se colgó la cadena al cuello y dio las gracias a su madre.

Gregory le ofreció su regalo: un cáliz de plata decorado con un martín pescador. El martín pescador, con su plumaje azul cielo y ardiente naranja, había sido elegido símbolo por los caballeros de

Vinas Solamnus. El martín pescador simbolizaba valor y esperanza, puesto que se decía que el día de la creación del mundo, el valiente martín pescador fue el primer pájaro que se atrevió a volar.

—Para tu baúl de esperanzas, hija mía —dijo Gregory.

—¡Papá, gracias! ¡Es muy bonito!

Destina le echó los brazos al cuello a su padre y lo besó.

Gregory la abrazó y luego sirvió vino para su esposa y para él, como celebración.

—Por favor, papá, ¿un poquito para mí en mi nuevo cáliz? —pidió Destina—. Al fin y al cabo, mamá dice que, a partir de hoy, ya soy una mujer.

Ella tendió el cáliz, y Gregory le sirvió en la copa varios tragos de vino tinto de la botella. Gregory y Atieno brindaron por su hija. Destina respondió agradeciendo a sus padres que le hubieran dado la vida y bebió un sorbo de vino mientras admiraba el cáliz, dándole vueltas con la mano. Cuando hubo acabado, le pasó la copa a su madre.

—Debes decirme el futuro por el poso, mamá —dijo Destina—. Dile a papá que seré feliz con Bertie.

Atieno frunció el ceño e intercambió una mirada con su esposo.

—He hablado con ella —informó Gregory—. Está decidida. Pero me ha prometido esperar hasta que cumpla los veintiuno.

Atieno se encogió de hombros.

—El augurio dice que no ocurrirá.

—Mira otra vez, mamá —pidió Destina—. Quizá te hayas equivocado.

Atieno miró el cáliz, en el que el poso se había hundido hasta el fondo.

—¿Qué ves, mamá? —preguntó Destina—. ¿Bertie y yo vamos a tener dieciséis hijos?

Para su sorpresa, Atieno lanzó un grito de horror y lanzó la copa lejos de ella. La copa de plata se estrelló contra el suelo con un resonante estruendo y rodó hasta debajo de la mesa.

Atieno hizo un gesto de protección con la mano y masculló unas palabras que Destina no entendió, y que supuso que eran lo

que su madre llamaba «mágicas». Entonces Atieno saltó de su silla y salió corriendo de la sala.

Gregory se la quedó mirando, preocupado.

—¿Qué le sucede a tu madre? ¿Qué ha dicho?

—Parece que mamá ha visto malos augurios en el poso, y creo que ha pronunciado un encantamiento mágico para protegernos del mal. No tenía nada que ver con Berthel, papá, no mires tan severo.

—Entonces ¿a qué se refería el augurio? —preguntó Gregory.

—Mmmm..., no..., la verdad es que no he podido entenderla —contestó Destina, hablando incómoda—. Iré a hablar con ella.

Fue a buscar a su madre y la encontró en el dormitorio, hundada en una capa forrada de piel y acurrucada en una silla. El sol brillaba por las ventanas enrejadas. El día era extrañamente suave para principios de otoño, y la habitación estaba demasiado caliente, puesto que los criados habían preparado un fuego rugiente en la chimenea. Atieno procedía de un clima cálido y nunca se había acostumbrado al frío de Solamnia.

Destina la miró y pensó en la historia que su padre le había contado sobre cómo se había enamorado de ella a primera vista. Destina comprendía por qué. Se sabía bonita; solo tenía que mirar su reflejo en un espejo para saberlo. Pero su madre era hermosa.

Atieno no estaba muy segura de su edad en el calendario solámnico, ya que su gente contaba el paso del tiempo de una manera diferente de los solámnicos. Gregory tenía treinta y dos años, y Atieno seguramente también estaba por ahí. Sin embargo, parecía tan joven que a menudo la gente la tomaba por la hermana de Destina en vez de su madre.

Ese día, Atieno llevaba su melena de fino cabello negro recogido sobre la nuca en una red enjoyada. Sus ojos eran negros y grandes, a veces tan agudos y punzantes como los de un halcón, y otras veces soñadores y luminosos. Nunca se ponía bálsamo de bayas en los labios o en los pómulos para enrojecerlos, como hacían otras mujeres, ni tampoco tenía que aplicarse hollín en las largas pestañas para realzar sus ojos.

Su vestido era de color carmesí, y el corte seguía un estilo que estaba de moda entre las mujeres de Solamnia; confeccionado en terciopelo sedoso, suave y elegante, estaba ribeteado de bordado de fantasía y tenía unas largas mangas ajustadas y una larga cola.

Atieno miró por la ventana el brillante cielo azul en lo alto y las bruñidas hojas naranjas en lo bajo.

—Ven a ver los bonitos colores, Destina. Son los colores del martín pescador. Azul arriba y naranja abajo.

Destina no estaba interesada ni en martines pescadores y en los colores del otoño. La Medida prohibía la creencia en augurios y portentos, y Destina trataba de obedecer, pero tenía muchísimas preguntas que ni uno solo de los treinta y siete volúmenes de la Medida podía responder.

Atieno parecía extraer tal confort de sus augurios, sus señales y sus portentos, que Destina ansiaba sentir la misma seguridad, la misma serena aceptación. No se había atrevido a decírselo a su padre, pero una vez había pedido a su madre que le enseñara a leer los augurios, esperando encontrar las explicaciones para lo inexplicable. Atieno la había decepcionado.

—Los augurios aparecen sin buscarlos, Destina —le había dicho Atieno—. Debes aprender a ver con el corazón y no con los ojos.

—Mamá, eso no tiene sentido —le había respondido Destina, exasperada.

—El sentido es para lo que no tiene sentido —había contestado Atieno, y Destina se había dado por vencida.

Atieno continuó mirando por la ventana. Destina vio lágrimas en las mejillas de su madre, y se asustó incluso más. Destina nunca, en toda su vida, había visto llorar a su madre.

—Mamá, ¿qué has visto en los posos? —preguntó Destina.

—¿Cómo podemos enfrentarnos a lo que está por venir? —preguntó Atieno—. ¿Cómo podemos soportarlo? —Se volvió hacia Destina y a media voz, le dijo—: Mi pobre niña...

Destina se refugió en la Medida.

—Mamá, recuerda lo que dice la Medida: «Paladine forja la espada, pero el hombre decide cómo esgrimirla». Eso significa

que cada persona es responsable de lo que hace en la vida. La Medida también advierte: «No te fíes del adivino, porque sus palabras son mentiras para atrapar al incauto».

—Y mi gente dice: «El lobo nace para matar. La oveja nace para ser matada» —repuso Atieno, mirándola fijamente con sus oscuros ojos brillantes.

—¡Mamá, por favor, dime qué has visto en el cáliz!

—Tráeme el cáliz —pidió Atieno—. Te lo enseñaré.

Destina corrió al solárium a buscar el cáliz. Tuvo que ponerse a cuatro patas para recuperarlo. Volvió con su madre y se lo tendió.

Atieno se echó atrás, negándose a tocarlo.

—Mira en él, hija, y dime qué ves.

—Madre, ya sabes que nunca veo nada excepto posos —protestó Destina.

—¡Si quieres ver, mira! —insistió Atieno.

Destina suspiró y miró en el interior de la copa, y esta vez vio que los posos habían tomado formas reconocibles. Se echó a reír y habló sin pensar.

—Mira qué curioso, mamá. Los posos tienen la forma de un dragón. Mira, aquí está la cola, y la cabeza, y las alas...

Oyó un grito estrangulado y miró a su madre. El rostro y los labios de Atieno habían perdido todo el color, y su piel se veía gris y plomiza.

—¡Has visto el dragón! El mismo augurio. Esperaba haberme equivocado, pero ¡cabas de confirmarlo!

—Mamá, me estás asustando —protestó Destina—. He visto la forma de un dragón. Eso no son más que restos, posos, levadura muerta. Mira, ¡te lo mostraré!

Metió el dedo índice en el cáliz y lo pasó por dentro. El dragón desapareció, y el dedo se le manchó de rojo. Destina alzó el dedo para enseñárselo a su madre.

—Mira, mamá. Ya no tienes que preocuparte. La levadura muerta ya no está, ni tampoco el dragón.

Atieno miró horrorizada la mancha roja en el dedo de Destina y se hundió en una silla, con tan mala cara que Destina gritó llamando a su padre.

—Querida mía, ¿qué te sucede? —preguntó él, al entrar. Miró a Destina—. ¿Qué ha ocurrido?

—Le he preguntado por el mal augurio en el cáliz. Mamá ha dicho que había visto un dragón en los posos —contestó Destina.

—¿Un dragón? —repitió Gregory, con voz hueca—. ¿Has visto un dragón?

Atieno corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—¡No vayas a la torre, mi amor! —le rogó—. ¡No vayas!

—¿Qué torre? —preguntó Gregory.

Como respuesta, Atieno lanzó una aterrada mirada por la ventana. Gregory la siguió. La alta aguja de la Torre del Sumo Sacerdote se veía en la distancia. Él esbozó una sonrisa tensa.

—Mi queridísima esposa, la torre lleva cientos de años abandonada. No tengo ningún motivo para ir allí. No tienes de qué preocuparte.

Atieno le besó y luego se apartó de él.

—Hace muy buen día. Destina y tú deberíais salir a disfrutar del aire fresco.

—Estás alterada. No quiero dejarte sola —dijo Gregory—. ¿Estarás bien?

—No —respondió Atieno, mirándole con los ojos oscuros y relucientes—, pero lo soportaré. Por favor, idos ahora.

Y cerró las cortinas dejando el sol fuera.

—Ponte la capa, Destina —dijo Gregory—. Tu madre tiene razón. Pasearemos por las murallas y disfrutaremos del sol.